

PRÓLOGO

El suicidio es un problema desconcertante. Para Freud era un enigma. Y Karl Jaspers hablaba de “la fuerza de provocación metafísica del acto del suicidado”. Todo suicidio deja un legado de desconcierto a los allegados.

Albert Camus escribió en “El mito de Sísifo”: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”. Es la misma idea que Hamlet desarrolla en su famoso monólogo con la conclusión de que sólo el miedo a la muerte frena muchos deseos de desaparecer y empuja a soportar las tribulaciones de la vida.

La cuestión fundamental de la filosofía es la pregunta por el Ser que se plantearon los presocráticos y que podría formularse de este modo: ¿por qué existe algo en vez de nada?

El desconcierto se comprende porque la vida se considera un valor en sí misma. El mayor de los valores.

Una forma de resolver este desconcierto es entender el suicidio, entenderlo supone abrir una vía para alcanzar su control. Una manera de hacerlo es la de seguir la posición actual que mantienen tanto la medicina como la psicología, que consideran a la mayor parte de los suicidios como la peor consecuencia de un trastorno mental (el 93% de los casos, según Barraclough).

Pero ¿qué ocurre con el 7% restante de personas que se quitan la vida por propia mano y que no padecen ningún trastorno psíquico identificado?

En efecto, las ideas de suicidio más o menos consistentes, más o menos intensas, más o menos fugaces no son un fenómeno tan raro como podría suponerse. Casi todos los seres humanos han considerado en algún momento la posibilidad de suprimir sus existencias. Basta con que alguien tenga la sensación de que el curso de su vida está detenido y se encuentra en un callejón sin salida, en un fracaso de su proyecto vital, en una situación desesperanzada.

Basta con esto para que las ideas de suicidio aparezcan como un acto mental de afirmación personal ante el sufrimiento.

Lograr una comprensión general de este trágico desenlace es el propósito que anima el libro de Julia Picazo, quien plantea su labor desde una perspectiva histórica (hay que recordar aquí que no sólo somos naturaleza, sino que también somos historia), comenzando por la consideración ética de la legitimidad del suicidio en diferentes épocas para acabar analizando las grandes cuestiones que el asunto presenta a nuestra sociedad occidental del siglo XXI.

Fenómenos históricamente nuevos como el suicidio en la infancia y la adolescencia, el mediático, el laboral, la investigación neurobiológica de la etiología del suicidio, así como los tratamientos de ella derivados son minuciosamente analizados. Sin descuidar los aspectos éticos y jurídicos de la eutanasia y las peticiones de suicidio asistido en las enfermedades terminales o gravemente invalidantes. Todo ello, para acabar con una arriesgada predicción, que no carece de un firme fundamento histórico y conceptual: el reconocimiento, en un futuro no lejano, del derecho al suicidio y lo que esto significaría para el mundo sanitario y la sociedad en general.

En suma, una descomunal tarea la emprendida por la autora que toma cuerpo en este elaborado texto, cuya prosa concisa y elegante no es precisamente uno de sus menores logros.

Luis M. Iruela
*Ex Jefe del Servicio de Psiquiatría
Hospital Universitario "Puerta de Hierro"
Majadahonda. Madrid*